

El progreso alcanzado por los países bálticos llevó al dirigente soviético a utilizarlas como laboratorio de unos cambios estructurales cuyo objetivo era fortalecer la URSS y adaptarla a los nuevos tiempos. Del mismo modo, fueron los primeros países que tras la desintegración entraron a formar parte de la Unión Europea y de la OTAN. Para lograrlo fue clave la solidaridad que se llegó a dar entre las tres capitales desde finales de los ochenta, aunque no se tratara tanto de un fin en sí mismo como de un medio más para conseguir su objetivo. Como señalan los autores, todavía en la actualidad es difícil hablar de una verdadera cooperación entre los países bálticos dentro de la Unión, y mucho menos con los países nórdicos; pero sí es cierto que se han logrado éxitos en materia medioambiental y en la colaboración para algunas cuestiones con la Federación Rusa.

Todas estas cuestiones son tratadas en las páginas de esta obra de una forma clara a la par que rigurosa, con la utilización de numerosas fuentes primarias y secundarias, haciendo de la misma una valiosa contribución a la historiografía española sobre las transiciones en Europa del Este y su posterior integración en el sistema occidental. De todas las aportaciones que nos ofrece, destaca la comparativa que los profesores Pérez Sánchez y Martín de la Guardia realizan entre las tres repúblicas bálticas y la influencia que en estos procesos de transición tuvieron las relaciones establecidas entre Moscú, la OTAN y la Unión Europea.

Vanessa NÚÑEZ PEÑAS  
Universidad Complutense de Madrid  
[vanessa.nupe@gmail.com](mailto:vanessa.nupe@gmail.com)

MCCOY, Alfred W. y FRANCISCO SCARANO (eds.). *Colonial Crucible. Empire in the Making of the Modern American State*, Madison (WI), University of Wisconsin Press, 2009, 685 pp.

*Colonial Crucible. Empire in the Making of the Modern American State* está destinado a cubrir el debate sobre el imperio americano después de 1898, a cargo de dos de los mejores profesores de la Universidad de Wisconsin-Madison, Alfred W. McCoy y Francisco Scarano, especializados en los dos principales territorios que quedaron bajo la dominación americana, esto es, Filipinas y Puerto Rico. McCoy y Scarano participan en el debate centrándose en la retroinfluencia de las colonias en la propia metrópoli con trabajos de alrededor de 40 investigadores que la muestran en ámbitos muy variados, desde la salud pública, el manejo ambiental o el cumplimiento de la ley. Su propuesta es un viaje desde la periferia al centro, tratando de participar en este rico debate historiográfico a través de cómo la metrópolis vivió cambios generados en las colonias y trasladados de vuelta gracias a experiencias personales o de resultados de investigación, a través de los llamados capilares del imperio.

El libro, además, implica a España directamente. Desde el momento en que la mayoría de ese imperio es parte de su antiguo imperio ultramarino, el libro también

tiene un fuerte interés para la historiografía hispana, porque aunque sea tratado de forma secundaria y sin interés especial, como podría haber sido con un capítulo sobre la religión, lo hispano aparece de forma recurrente. Lo vamos a analizar comenzando por las referencias históricas a España y centrándonos en el legado, tanto visto por los colonizadores como por los colonizados.

España aparece en las referencias al contexto del nacimiento de ese imperio. Thomas McCormick, uno de los más famosos representantes de la primera generación de historiadores progresistas, aunque se refiere a las posesiones españolas para situar las intenciones estadounidenses, muestra una escasa disposición a penetrar en su dinámica. Así, divide los territorios más cercanos, como Cuba, donde la idea era ir las absorbiendo, alternando tácticas del palo y la zanahoria (p. 64), frente a los alejados, como fueron las posesiones en el Pacífico. Pero necesita profundizar mejor en el aparente pragmatismo americano, porque no explica las diferencias entre la decisión americana de ocupar Filipinas “por el temor a japoneses o alemanes” (p. 73) mientras que por el otro lado aceptaba que Berlín se quedara con las islas de la Micronesia, excepto Guam.

Más interesantes son las referencias al legado hispano en *Colonial Crucible*, tanto por el contraste de la actuación de los colonizadores, entre las críticas en público y el reconocimiento privado, como por el nuevo rol que adquirió lo español para los colonizados. Los artículos del libro apuntan a la creciente consciencia estadounidense de haber heredado una estructura desarrollada, con unos estados a medio camino de su renovación liberal, aplicando los métodos de ciencia y doctrina con eficacia (sic), y sobre todo “centralizados, modernizadores” (p. 12) recordando de hecho que eran estructuras más eficientes que en la propia Península. No fue así, ya que esa percepción cambió dependiendo del lugar y del tiempo, y a fines de los años 30, por ejemplo, la amenaza japonesa cambió el balance de la percepción del legado español hacia el polo de la incompatibilidad.

La creciente consciencia de una estructura administrativa aprovechable, que definen McCoy, Scarano y Courtney Johnson en el prólogo como “viable, centralizada, especializada e intervencionista” tuvo una plasmación muy variada. La continuidad en las estructuras de gubernamentalidad, así, aparece en las similitudes de la Guardia Civil con las policías constabularias, en el intento de probar nuevas técnicas en los penales o en el seguimiento, infiltración y castigo a la disidencia o, entre otros muchos ámbitos, en el apoyo a la labor de los jesuitas en el Observatorio de Manila, considerado como uno de los esfuerzos científicos punteros cuya influencia para evitar los daños de tormentas se llegó a sobreestimar.

La función de las críticas al legado español, por tanto, aparece limitada a una búsqueda de legitimidad que en ocasiones quedó expuesta al escarnio público, como ocurrió con la propaganda americana preciándose de recuperar documentos históricos destruidos por los españoles, como el Código de Kalantiaw, un llamado código legal filipino antiguo, que acabó demostrando ser una falsedad. Pero también es necesario tener en cuenta que los nuevos colonizadores provocaron con el tiempo cambios cualitativos por muy diversos motivos: el aumento del presupuesto policial y su manejo cualitativamente perfeccionado de la información llevaron a lo que Al-

fred McCoy denomina “estado de vigilancia”; la estructura administrativa dedicada a la protección de los bosques cambió al decidirse que los bosques madereros podían generar recursos importantes, y el progresismo activista de esos años en la metrópoli provocó nuevas medidas en las colonias que modificaron de forma decisiva la ley, la política y la economía de las colonias, complicando por ejemplo la separación de poderes y generando en Filipinas una práctica descentralizadora que aparece letal para la gobernanza. Además, la continuidad del legado español puede ser matizada en muchos casos, como ocurre con la utilización de elementos filhispanos por los arquitectos americanos, como el californiano William E. Parsons, quien al diseñar el *Manila Hotel* parece haberse inspirado más en el revival español en Florida que en ejemplos autóctonos.

La agencia de filipinos y puertorriqueños frente al legado español aparece de forma recurrente a lo largo del libro. Vicente Rafael, en un artículo publicado de forma más extensa en español, se refiere a ello en los tiempos de la lucha contra España, al analizar cómo Apolinario Mabini, el cerebro de la Revolución Filipina, partió de la noción cristiana de la ley natural y la teoría política de imperio para interpretar la revolución filipina como un acontecimiento providencial que revelaba la voluntad de Dios, una elaboración irrevocable porque esta autoridad divina tenía la capacidad de sanción última (p. 348). Después, cuando España ya era parte del pasado, su asociación con la opresión colonial pasó a ser dominada por la imagen de Estados Unidos y el legado hispano ganó una renovada aceptación. Este vuelco de lo hispano, adquiriendo un sorprendente rol anticolonial, favoreció la reconsideración del pasado imperial español como una rica fuente de imágenes, héroes y narrativas para justificar su misión colonizadora y civilizadora. La figura de Ponce de León es un ejemplo de ello, porque si la estatua erigida durante el período español había sido recibida con poco entusiasmo por las elites locales, el cuarto centenario de su llegada, en 1908, fue celebrado vivamente, porque la defensa de la mezcla de razas y culturas que implicó el centenario significaba entonces contrarrestar los argumentos raciales los americanos (p. 236). La herencia hispana también permitía a Juan José Osuna, un becado en la *Carlisle Indian Industrial School*, elevarse frente a lo que consideraba una categorización degradante al definirse: “No soy un Indio, soy un puertorriqueño de ascendiente español” (p.171). Solsireé del Moral también recuerda el esfuerzo de los profesores por consolidar su autoridad como adalides de la regeneración moral y nacional de la “raza ibérica”, poniendo límites de paso a las políticas de americanización. En el caso de Cuba, Alejandro de la Fuente se refiere al cambio de valoración del pasado hispano entre los grupos nacionalistas para compensar las frustraciones con el dominio americano (p. 221). Los pueblos re-colonizados, en definitiva, usaron el legado español para balancear el nuevo colonialismo americano

El concepto de raza aparece como un escenario claro de esa disputa entre colonizador y colonizado por la vinculación tan intensa entre la raza y el imperio, como recuerdan tanto Paul Kramer como Clare Colbound: “La raza fue hecha por el imperio al mismo tiempo que el imperio fue hecho por la raza” (p. 193). En el caso de Puerto Rico, la idea inicial americana de convertirlo en el lugar donde demostrar la desaparición de las “razas oscuras” muestra una lectura de estadísticas del período

español errónea, en donde las expectativas del Darwinismo Social de un decrecimiento inevitable de la población “totalmente negra” chocó con una realidad que no se acoplaba a las previsiones pseudocientíficas, a las cuales también se opusieron, en Estados Unidos, el Tribunal Supremo, y en Puerto Rico, la diferente vivencia de la mezcla étnica sobre la que se basaba su identidad, tal como muestra Solsirée del Moral. Rona Tomiko Halualani también muestra cómo la legislación ayudó a privar a los nativos por no tener suficiente sangre de las llamadas razas originales, mientras que Paul Kramer muestra cómo la percepción del filipino fue evolucionando en Estados Unidos por la emigración, pasando de la visión inicial del *Little brown brother* a la del “excluido asiático” que recibió un trato semejante al recibido anteriormente por chinos y japoneses: las leyes limitando su inmigración. Si el de raza fue un concepto funcionalista bajo el dominio español, ocurrió lo mismo bajo Estados Unidos.

*Colonial Crucible*, en definitiva, sugiere la importancia de lo que Patricia Seed ha definido como “pentimenti,” o “arrepentimientos”, un término originado durante el Renacimiento para referirse a los trazos del pintor sobre el lienzo antes de realizar la obra final, que sirve para recordar las sombras de experiencias históricas dejadas por anteriores generaciones de dominio colonial (p. 535).

Florentino RODAO  
 Universidad Complutense de Madrid  
 tinorodao@ccinf.ucm.es

PENCHE, Jon. *Republicanos en Bilbao (1868-1937)*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 2010.

La historiografía contemporánea en el País Vasco había desdeñado hasta el momento de forma ostensible la historia del republicanismo. Salvo algún estudio local dedicado al ámbito guipuzcoano (Irún), los republicanos se habían convertido en la auténtica cenicienta de la narración de la historia política vasca. Sin embargo, este completo estudio de Jon Penche demuestra la tremenda ceguera de los historiadores vascos ante una realidad que no debía haber sido empequeñecida. De esta forma, este texto se suma a la enriquecedora renovación que se ha producido en las últimas décadas en el resto del país dentro de los estudios sobre el republicanismo; y lo hace sin caer en una militancia neorrepublicana, de cuyos peligros advirtió recientemente Ángel Duarte. Asimismo, Penche se aleja de la seducción por una excesiva teorización banal para atenerse a los datos, y a partir de una concienzuda labor empírica -anclada en la ya vieja “nueva” historia política francesa-, reconstruye un documentadísimo relato sobre el republicanismo local desde su surgimiento en 1865 hasta la conquista de la ciudad durante la Guerra Civil por las fuerzas franquistas.

Las características del republicanismo español como fenómeno eminentemente urbano explican la elección de Bilbao como el centro geográfico, político y cultural de la obra. Los avances historiográficos en este campo se han producido desde el